

Virgilio de una mitología de dioses y ritos olvidados y menores, los cuales, cosidos entre sí, dan y reconstruyen con más fidelidad acaso que el himno y la epopeya, ese imperial tapiz que se llama España.

¿Qué queda de él? suelo preguntarme, a solas con los recuerdos de su juventud y de la mía, a solas con el sabor

generoso y nutricio de la prosa de aquella truncada existencia, laboriosa y lozana. Y sin saber por qué, unos versos de Lope, tronco literario de Víctor, me responden y seguirán respondiéndome:

*Riendo va el arroyo
sus guijas parecen dientes.*

Mariano DARANAS

APUNTES SOBRE VÍCTOR Y DON VÍCTOR

En España—mejorando lo presente y lo ausente, y sin ofender a ninguno de sus to-cayos—hubo últimamente dos famosos Víctores: uno D. Víctor y otro Víctor a secas: Pradera y La Serna.

Don Víctor era la gravedad en persona: sudaba patriotismo, abnegación, desprendimiento no imitado, virilidad, pasión religiosa y civil. Tenía carácter de patricio romano o de gran virrey español de los siglos grandes. Era macizo e incommovible.

Después está Víctor de la Serna, cuya popularidad periodística le ha deparado el privilegio de ser nombrado entre algunas minorías sencillamente Víctor. A Castello-Branco, que tenía alma de fado, le conocen por Camilo en toda el área portuguesa. Es un Camilo único, como los jefes de Estado son Majestad o Excelencia sin confusión posible.

Si el D. Víctor por antonomasia es don Víctor Pradera, Víctor por antonomasia es Víctor de la Serna.

Don Víctor fué también periodista y escribió, con sólida preparación y rara cultura, de historia y de doctrina política y social. Era ingeniero, jurista y filósofo. Filósofo en el sentido de conocedor y frecuentador de la filosofía. Andaba por alguno de sus predios como Perico por su casa. Hay pedantones informados de filosofía, pero no formados y conformados por ella, que es otra cosa. Según la imagen maestra de Montaigne, llevan en los labios todo el saber que han pellizcado, para desembucharlo en cuanto pueden, como el ave lleva el grano entero en el pico para darlo a su cría.

Le faltó a Víctor la seguridad con que podía moverse D. Víctor en el campo doctrinal, y su severo porte. Y a D. Víctor, la frescura, el garbo, la bicarria de la prosa de Víctor, pluma de rompe y rasga que parlotaba—díriase que chisporroteaba—con estupendo desparpajo.

Buena parte de los hombres que han abierto surco en el periodismo español no han sido periodistas "per se", sino "per accidens"; desde los poetas Quintana y Lista y el pensador Balme, desde Donoso, Pi y Margall o Alcalá Galiano hasta los más conocidos y celebrados en el siglo actual por su pensamiento y por su estilo.

Víctor de la Serna era en cambio un periodista específico por disposiciones singulares, por inclinación y temperamento. Sus amplias lecturas históricas y literarias nunca resultaban peso muerto ni erudición inerte para el enorme desenfado de su prosa gárrula y des-pabilada.

No conozco yo suficientemente la producción de Víctor de la Serna; no he leído sino varios centenares de sus artículos y el libro "Nuevo viaje por España o Ruta de los foramontanos".

En esta colección de crónicas periodísticas están algunas de las páginas más finas del autor. Sin embargo, sería equivocado pensar que no pudiesen formarse con otros trabajos suyos media docena de volúmenes tan vivaces y desvuelto como éste.

Hay en el "Nuevo Viaje" y en cualquier crónica de Víctor de la Serna un hálito pasional que cristaliza literariamente en la hipóbole. Víctor encarecía fogosamente las cosas y es éste uno de los rasgos acusados de su estilo. Propende a lo hiperbólico, a llamar a un simple narigudo "narcísimo infinito", como llamó Quevedo a aquella cria-



Don Víctor Pradera.

tura que estaba pegada a una buena nariz. Este carácter exagerativo puede parecer artificioso y cansar de vez en cuando; pero con mayor frecuencia encadena la atención y solaza. Aplicado al paisaje, las costumbres, los hombres, la arquitectura o los caminos de España, produce una sensación de puro enamoramiento.



Don José Luis Vázquez-Dodero.
(Foto Sanz Bermejo.)

Yo creo que la afectividad, según piensa un filólogo tan pulcro y docto como don Vicente García de Diego, es la verdadera reina y señora del lenguaje. Y del sentimiento habría mucho que decir a propósito de la forma vibrátil de Víctor de la Serna, que tenía modalidades semirrománticas. Un bosque de hayas, un arroyo, un viejo monasterio o un pajarito le ponían trémulo. Verdad que también la buena mesa, que compartí a su lado algunas veces, arreciaba su propensión hiperbólica y contribuyó quizá a que su corazón, que no era malo, dejase tranquilamente latir.

J. L. V.-D.

DON VÍCTOR

AHORA hace un año, Don Víctor volvía de Marbella, donde vivía largas temporadas, como un capitán cansado de sus batallas, a quien el corazón empieza a fatigarle para seguir a caballo. Por eso se había procurado, cerca del mar, una casa con huerto. Allí podría tener nobles orgullos de campesino ante los frutos y las rosas, que iba logrando de manera excepcional.



Don Marino Gómez-Santos.

Las mañanas se las pasaba con la tijera de podar en la mano, y al atardecer, satisfecho de su jornada, se entregaba a la lectura o se sentaba a la máquina de escribir. Cuando venía a la ciudad, hablaba de sus tomates con el entusiasmo que en sus buenos tiempos de director de periódicos hubiese comentado un buen artículo de cualquier joven colaborador.

El campo había añadido a su antigua generosidad profesional un criterio hidalgo del periodismo.

—Mira, querido, si yo supiese que mis crónicas no servían para colaborar con Jaime de Foxá a la repoblación forestal y a que sigan echando alevines de salmón y trucha a los ríos, créeme que encontraría ya mi labor cumplida.

Le hubiese gustado más que su nombre se recordase ante un abedul plantado por él o ante un rosal o ante una obra de cantería que él hubiese dirigido.

Para nosotros fué paternal. En el tiempo que le dejaban libre sus muchas ocupaciones personales, y las que se tomaba por los demás para que dos amigos no permaneciesen distantes por más tiempo, nos repetía aquel lema del escudo de los Tagle, sus parientes: "Velar se debe la vida, de tal suerte, que viva quede en la muerte".

Al revés que los escritores y periodistas de su tiempo, que hicieron ostentación de no saber absolutamente nada de lo que no se relacionase directamente con la literatura, Víctor de la Serna era versado en oficios antiguos, y en algunos llegaba a ser maestro. Sabía de encuadernación, de cerrajería, de mecánica de artes gráficas, de cocina. Y la botánica era su tema preferido, unido al deporte de la caza.

Era amigo de artesanos raros y curiosos que tienen sus talleres en el Madrid viejo, en casas del tiempo del Romanticismo. No era un cliente fácil, porque siempre llevaba a componer cosas de complicada tarea, pero el artesano le servía a don Víctor como al rey en persona, y a veces, de paso, aprendía algo. El encuadernador Palomino, que fué una de sus grandes admiraciones, buscaba la piel marroquí más selecta para encuadernar un libro antiguo de don Víctor.

El relojero, el tipógrafo, el viejo que construía instrumentos de música eran sus contertulios una tarde cualquiera, cuando, al pasar, don Víctor entraba a saludarlos y a interesarse por la familia.

Pocos días antes de su muerte le acompañamos a visitar su casa de El Escorial, donde hacía algo más de dos años que no había estado. Por el camino nos señaló una

PHILIPS

¡solo por preguntar!

puede ganar una afeitadora PHILISHAVE
o una magnífica plancha PHILIPS

mas de

2.000.000

de pesetas en premios

Gran concurso

ONDA MUSICAL

PHILIPS *por un optimismo mayor*

Infórmese

EN CUALQUIERA DE LOS DISTRIBUIDORES COLABORADORES PHILIPS

O DIRIGIENDOSE AL APARTADO 7.027 - MADRID



Una de las últimas fotografías de D. Víctor de la Serna, en la que aparece bajo el retrato de su madre, doña Concha Espina. (Foto Sanz Bermejo.)

explanada, explicándonos que siglo y medio atrás se intentó enriquecer el cauce del Manzanares, haciendo verter las aguas del Guadarrama para que éste fuese navegable hasta el Tajo.

No hablaba casi nunca de literatura, ni de escritores contemporáneos, sino de jardinería y botánica, de complejos hidráulicos o de los hermanos Millares, que en un pueblecito de Asturias hacen relojes que se venden en Londres... A veces se refería a Juan de Valdés o a otro grande escritor; pero decía siempre que de literatura, lo menos posible, porque ésta se escribía con las cosas que se aprenden en la vida, calzándose las botas de curioso caminante y, después, en algunos libros.

Aquella mañana, apoyado en la terraza de su casa de El Escorial, pasó revista a los árboles de sus grandes jardines, dise-

ñados por el ilustre pintor y jardinista Winthuysen, con más de quinientas variedades de rosales.

—Mira, han podado aquellos cipreses y se olvidaron de pasar la escobilla. Ese abedul de corteza dorada está secándose. La juventud no veis estas cosas, que sólo vemos los viejos. Y te advierto que está afición me tiene inquieto, porque los hombres que han sido luchadores y, retirándose, empiezan a entusiasmarse con la jardinería, no duran mucho en este mundo. Es una preocupación tan sublime, que ya es el tránsito para la otra vida.

Al volver hacia Madrid me habló de sus años de trabajo hasta la madrugada, de sus grandes batallas profesionales, de sus viajes por España: "No olvides nunca esta receta: toma notas para escribir libros de literatura y déjalas enfriar antes

de utilizarlas; sin embargo, las notas para el periodismo escríbelas en caliente."

Don Víctor era algo más que Víctor de la Serna, esto es, un caballero que escribía bien. Don Víctor era colosal amigo, consejero paternal, periodista que se sabía el oficio de manera admirable. Y sobre todas las cosas, un español de los antiguos. Para defender el patrimonio de España salió a las páginas de este mismo periódico con brío colosal, acercándonos paisajes, espejándonos en ríos que ignorábamos y dando cuenta de un sujeto considerable que se había encontrado en el camino y de quien descubriría su mérito personal.

"Diego Plata" nació de don Víctor como un gran discípulo culto, jovial, campechano, disciplinado. Su "Y a mandar" le cuadraba muy bien.

Marino GOMEZ-SANTOS